

— La otra es una joven casada con un viejo que puede ser su abuelo.

— ¿Y es bonita?

— Mas que la Marquesa; pero no me gusta tanto.

— ¿Cómo es eso?

— Porque es *más decente*: inspira respeto, y la otra es mujer con la que impunemente se puede hablar de todo lo que uno quiera; además, vive sola y libre.

— ¡Hombre, preséntame á ella!

— No hay inconveniente.

— ¿Y qué versos eran mejores?

— Ni una palabra entiendo de versos: me gustaron, sin embargo, más los de la Marquesa, porque los lee con mucho más descaro.

En tanto que la parte masculina de la reunion discurría de esta suerte, la femenina recordaba con placer el bello y puro rostro de Clemencia y sus deliciosos versos, y muchas mujeres decían en su interior:

— ¡Qué dichosa sería yo si quisiera ser mi amiga!

Tal fué el triunfo de Clemencia; y tal es, á juicio de la que esto escribe, la verdadera, la única gloria á que deben aspirar el talento y el decoro reunidos en una mujer.

V.

EL ORO Y EL OROPEL.

Al día siguiente del concierto, Carlos fué á visitar á Clemencia; pero ésta no se hallaba en casa, porque habia salido con su marido á hacer algunas compras.

Desde allí se fué á ver á la Marquesa, que le recibió en la soledad de su gabinete, y estuvo con él en extremo afectuosa, convidándole para tomar aquella noche, en su compañía, una taza de té.

Dos días después volvió á visitar á Clemencia acompañado de Lucila: aquélla se hallaba con su padre y su esposo, á los que leía en voz alta una de sus novelas.

La animadversión que Lucila profesaba á la que habia sido durante tanto tiempo el objeto de los sueños de su marido, se disipó como por encanto.

Al ver el dulce semblante de Clemencia, tan bello, tan tranquilo, su risa plácida y su mirada trasparente, se dijo que aquella mujer no era posible que inspirase pensamientos culpables.

— Querida amiga, le dijo Lucila con afecto, V., que hace poco acaba de llegar de París, ¿ha conocido allí á la Marquesa de T.....?

—Ya he tenido el honor de decir á V. que no la otra noche, respondió la jóven.

—Es verdad, repuso Lucila; no me acordaba, pero ha de dispensarme V. en gracia de la ansiedad que tengo por saber quién es : ¡si nadie la conoce!

Clemencia guardó silencio.

—A mí, prosiguió Lucila, me la recomendó de París una amiga mia, la señora de Saint-Etienne, y por eso la convidé á mi pequeña fiesta.

—Es una jóven muy agraciada, dijo sencillamente Clemencia.

—Pero ¿en París era estimada como escritora? ¿tenía nombre literario?

—No, señora, respondió D. Fernando; no tenía ninguno, porque todo su talento es el de la farsa.

Clemencia se ruborizó y bajó los ojos: se avergonzaba hasta de que se hablase delante de ella de la Marquesa, y mucho más con la ruda franqueza con que acababa de hacerlo su marido.

—Ya habrá tiempo de que V. la conozca, dijo á su vez el anciano padre de Clemencia; mi hija es muy prudente, pero ello dirá.

—Vengo de su casa, prosiguió Lucila, y he hallado aquello hecho un café; y no es esto decir que se halle mal alojada, no : todo al contrario; vive en uno de los mejores sitios de Madrid; pero ¡figúrese V. que sólo había en la sala hombres!..... Creo que pasaban de una docena, y todos fumaban y hablaban á voz en grito: ella estaba vestida del modo más estrepitoso, y llevaba unos zapatos bordados de lentejuelas; sin embargo, cuando

yo entré con mi marido, todos aquellos hombres arrojaron sus cigarros, como una muestra de atencion, que á la cuenta no se deben creer obligados á usar con ella; pero lo más extraño es, que así que pude examinarlos, conocí que casi todas sus visitas eran los jóvenes que yo convidé á mi casa, y que vió en ella hace tres dias por la primera vez. A pesar de todo, esto no es extraño, si se atiende á la franqueza con que llamó á Carlos *querido amigo suyo*.

Al decir estas palabras, Lucila dirigió á su marido una mirada colérica, á la que éste respondió con una sonrisa.

La visita terminó sin otro incidente notable: Lucila instó mucho á Clemencia para que fuese á verla, lo que ésta prometió hacer, con pocos deseos de cumplirlo.

La jóven sufría cuando veía á Carlos: ya he dicho que era la imágen de su primer esposo, y aquella imágen, llena de vida, risueña y adornada con todas las galas de la belleza y de la elegancia, había venido á turbar la dulce y grata tranquilidad de su alma.

A pesar de que la base de aquella pasión naciente era un recuerdo sagrado, Clemencia tenía el alma demasiado elevada para no considerarla culpable: entre Carlos y ella se levantaban una esposa, dos niños y el anciano protector cuyo nombre llevaba.

Todas estas consideraciones fueron ineficaces, no obstante, para mitigar el dolor que traspasó su corazón: al sólo temor de que Carlos sucumbiese á los artificios de la Marquesa de T.....

Le parecía que Luis había vuelto á la vida y que le

era infiel: creía tener derechos sobre aquel hombre, y mucho más sabiendo que hacia un año que la amaba.

Ninguna de estas emociones sucesivas alteraron, sin embargo, la dulce paz de su fisonomía, y compadeció á Lucila, quien, por curar á su marido de su soñado amor, le habia arrojado en las redes de la Marquesa.

Cárlos salió algo desencantado de casa de Clemencia: le pareció fria, y se dijo lo que tantos otros:

—Se ha vendido al interes casándose con un viejo.

Entre tanto, otra escena muy distinta tenía lugar á poca distancia de Madrid, y en la quinta que ocupaban Adelina y su esposo.

Ambos se hallaban al lado de Diego y de Julia, que habian ido á visitarles.

—Ya has visto mi casa, decia Adelina á Julia, y dentro de poco podré decir otro tanto á Diego; pero ahora deseo que me manifiestes con franqueza qué te parece:

—¡Magnífica, querida mia! respondió Julia separando sus ojos de Rafael, que la miraba con una fijeza apasionada.

Tal era la expresion de aquella mirada, que no pudo ménos de llamar tambien la atencion de Adelina.

La jóven miró á su vez á su esposo: luégo bajó los ojos y se quedó profundamente pensativa.

—¿Te parece de véras hermosa esta casa, querida Julia? preguntó Rafael, que nada habia visto de lo que pasaba en el semblante de su mujer.

—Sí, por cierto, respondió Julia; muy hermosa.

—Entónces, podeis veniros á ella Diego y tú.

—¡Dejar nuestra casita! murmuró Blanfort; ¡eso no puede ser!

—¿Por qué no? repuso Rafael con acento desdeñoso; ¿no os hallariais aquí mejor?

—No, respondió Julia; amo mucho mi jardinito.

—Tienes aquí uno que es mucho mayor.

—Rafael, repuso Julia con una mirada firme, no te iré enumerando uno á uno los encantos que para mí encierra mi casa, porque si tu propósito es rebajarla, no hay duda alguna que lo puedes hacer: ninguna comparacion tiene con este suntuoso palacio; pero no importa; tal como es la amo mucho, y no quiero abandonarla; en ella he sufrido, he llorado, pero tambien he sido en ella muy dichosa: prefiero la sencillez á la opulencia, y soy allá más feliz que lo sería aquí.

—Diego, ¿quieres venir á oirme tocar en el piano una magnífica overtura que he aprendido en París? dijo de repente Adelina.

—Vamos allá, respondió el ciego maquinalmente.

Adelina tomó la mano de Diego y le condujo fuera de la estancia.

Julia y Rafael quedaron solos.

VI.

NUEVAS LUCHAS.

No bien hubieron dejado de oirse los pasos de los dos hermanos, cuando Rafael, con más arrebató que prudencia, se acercó á la jóven, juntó las manos y exclamó con acento angustiado y sordo:

—Julia, es preciso que te hable; es preciso que sepas que por tí he venido aquí; que sin tí me moría que no he podido olvidarte.

—¿Y para qué debo yo saber todo eso? preguntó la artista con una sonrisa dolorosa, pues al eco de aquella voz volvía á sentir vibrar dentro de su alma una fibra que ella creía muerta y que sólo estaba muda.

—¿Y lo sé yo tampoco? preguntó Rafael dolorosamente; ¿sé yo por qué te hablo así? ¡Ah, no! pero tampoco puedo resolverme á sufrir tanto sin que sepas que sufro por tí! ¿Me acusas por este egoismo de mi amor? ¡Pues bien, en breves palabras te referiré la historia de mi vida!

Julia quiso hablar; pero el pintor le impuso silencio con apasionado ademan.

—Ya te he dicho, prosiguió, que te molestaré poco:

me casé con Adelina sólo para vengarme de tus desdenes, sólo para hacerte sufrir, porque yo sé, Julia, que no te soy indiferente: muy pocos dias despues de mi funesto enlace saliste tú de París, y desde que mis ojos te perdieron de vista, mi alma veía tu imágen sin cesar: jamas he amado á esa pobre niña, quien, por otra parte, es capaz de hacer dichoso al hombre más exigente si conserva el corazon libre; pero ¡el mio no lo está! ¡el mio, Julia, está lleno de tí, y moriria si no te lo dijera!

—Nadie muere por cumplir con su deber, respondió la jóven con voz serena: el cielo nos ha desunido, y es en vano que tratemos de unirnos nosotros: sólo en la huida vergonzosa de todo deber es donde podria hallar consuelo ese fatal amor que te esclaviza, mi pobre amigo, ó más bien, mi querido hermano.

—Pero, ¿es posible que creas que es un deber el sacrificarte á tu egoista esposo? exclamó Rafael con pasion.

—Sí me sacrifiqué por él cuando tenía vista y salud, ¿no he de hacerlo hoy, que es desgraciado? exclamó Julia con una vehemencia generosa.

—¿Y tienes tú la culpa de su desgracia? Si ese velo que Dios ha echado sobre sus ojos, como el castigo de sus desórdenes, hubiera caido sobre los tuyos, es bien cierto que él no hubiera sido tan generoso! ¡Oh, Julia, con qué indignacion tan dolorosa vi en París su firma al pié del cuadro que tú has pintado! ¿Piensas que mis ojos han desconocido la huella divina de tu mano? ¿Piensas que aquella pintura ha sido muda para mi corazon? ¡Pudiera contarte las pinceladas de tu marido y las tuyas, sin temor de equivocarme! ¡Y así vendes tu gloria!

¡ah, qué poco merece ese hombre semejante sacrificio!

—Rafael, repuso Julia; ¡es mi esposo..... es desgraciado..... cesa de hablarme así..... ó no te podré escuchar!.....

El silencio, un silencio á la par triste y solemne, siguió á estas palabras. Julia, pálida, agitada, palpitante, hacía esfuerzos sobrehumanos para reprimir su emoció, y el llanto la ahogaba.

¡Cosa extraña y terrible! Ella, el día ántes tranquila y risueña, cumpliendo su arduo y penoso deber con la risa en los labios, se sentía anonadada de dolor á la sola voz de aquel hombre, el único que verdaderamente la habia amado sobre la tierra, el único que tambien era digno de su amor.

Rafael no vió la alteración, el profundo trastorno de su fisonomía : habia ocultado el semblante entre las manos, y de vez en cuando se escapaba de sus labios un sollozo comprimido.

Él fué, no obstante, el primero que rompió el silencio, y dirigiéndose á la jóven, le dijo :

—¡Julia, es preciso que yo tome algun partido extremo : la presencia continua de esa pobre niña, á la que he ligado á mi vida con una precipitación tan imprudente, me hastia..... me es insoportable..... No sé lo que haré..... pero creo que emprenderé un largo viaje!

—¿Pensarás acaso en el suicidio? exclamó Julia con terror.

—¿Y qué importaba aunque así fuera? repuso Rafael con esa fatuidad romántica, que ni aún los hombres más graves pierden la ocasión de emplear delante de la mu-

jer á quien desean interesar; luégo, dominado por una idea dolorosa, prosiguió :

—¿Qué es para mí la vida? ¿Qué alicientes tiene? Hasta mi nombre está manchado con un borron eterno, por el robo que el hermano de mi padre hizo al que es hoy esposo de tu amiga.

—Y tú quieres añadirle el nuevo borron del suicidio, ¿no es verdad? ¿No piensas que esa pobre niña, que ha aceptado tu nombre sin reparar en esa mancha, merece alguna compasión? ¿Tiene ella la culpa de nuestra desgracia? Rafael, el suicida es un cobarde, al que no perdona Dios, al que no lloran los que amaba, puesto que voluntariamente se separa de ellos.

—Es decir que debo sólo sufrir y resignarme, ¿no es cierto? exclamó Rafael con amargura.

—¿Y qué otra cosa hacemos todos aquellos que reconocemos á la virtud como un deber? ¿Crees tú que hay tantos dichosos en la tierra? Los que se entregan á sus pasiones, ¿piensas que serán más felices que nosotros? ¡Ah, no! Al ménos cada noche podemos decir al cerrar los ojos al sueño : « ¡Hoy he obrado bien! »

Rafael, prosiguió Julia, yo te digo esto con la elocuencia de mi corazón : ya sabes cuál ha sido mi vida desde que nací, y que apenas he visto el mundo; pero he vivido en la soledad durante mucho tiempo y he sido desgraciada, dos cosas que maduran el raciocinio : tú, al fin, estás sostenido por el amor de un ángel. Adelina es el bien mayor que pudiera concederte el cielo : dale gracias por tan rico tesoro, y déjame que siga mi camino, si no feliz, tranquila al ménos : es la sola, la única prue-

ba que pido á tu amor : es lo que tu padre te manda desde el cielo.

Unos pasos cercanos impidieron á Rafael contestar: eran los de Diego y Adelina, que entraron en la habitacion.

VII.

LAS PESQUISAS.

Cuando los dos hermanos salieron del saloncito donde se hallaban todos reunidos, se dirigieron á la habitacion de Adelina, que era un modelo de gusto elegante y suntuoso.

Estaba toda vestida de seda blanca con pensamientos en relieve : la sillería era de la misma tela, tallada, de caoba y con remates de bronce de exquisito gusto : conociase que Rafael queria compensar en todas las demas cosas de la vida el amor que no le era posible dar á su jóven esposa.

Así que llegaron á la soledad de aquella linda habitacion, Adelina se arrojó llorando en los brazos de su hermano.

— ¿Qué es eso, qué te sucede? preguntó Diego.

— ¡Oh, Diego mio, exclamó sollozando la pobre niña, soy muy desgraciada!

— ¿Desgraciada?..... ¿tú?

— ¡Oh, sí, muy desgraciada!

— ¿Pues qué te pasa? ¿Acaso Rafael.....

— ¡No me ama!

—¿Te trata mal, te ha ofendido en algo? ¿Por qué dices eso?

—¡Digo la verdad, la terrible verdad: Rafael no me ama..... ama á otra!

—Niña, dijo Diego, es necesario que medites lo que dices: la acusacion que haces pesar sobre tu marido es muy grave.

—¡Yo no le acuso, murmuró Adelina; demasiado desgraciado es!

—Vamos, eso es un sueño tuyo, repuso Blanford, que se iba volviendo por instantes más sombrío; estoy seguro de que te equivocas.

—¡Pues yo estoy segura de no equivocarme! exclamó la jóven exasperada. ¡Rafael ama á otra mujer, y esa mujer es Julia!

—¿Cómo lo sabes? preguntó Diego sordamente, tras de algunos instantes de silencio.

—¿Cómo lo sé? En primer lugar, porque se lo he oido decir mil veces á Natalia; despues, por su tristeza desde que os marchasteis; al verle tan abatido fué cuando recordé lo que habia dicho Natalia delante de mí en tantas ocasiones: despues de eso, por su alegría cuando pudo comprar esta quinta, que le traia cerca de ella; ¡y ademas, hermano mio, cuando duerme la nombra entre sueños!

Diego no respondió; Adelina prosiguió así:

—¡Oh, si vieras cuán desgraciado ha sido en todo este año último, querido hermano! ¡cuánto ha sufrido! ¡cuántas veces he sorprendido lágrimas en sus ojos!

—Adelina, dijo Blanford alzando de repente la cabeza

y mostrando todas sus facciones descompuestas por el rencor, ¿quieres que hagamos una cosa, que nos sacará de dudas, que nos dirá si somos engañados los dos?

—¡Oh, sí, por cierto!

—¿Tienes valor para acompañarme á mi casa? Allí podremos cerciorarnos de la verdad, por amarga que sea.

—¿De qué modo?

—Nada más fácil; escucha: Julia tiene un secreter cuya llave no abandonaba jamas en el tiempo de nuestras disensiones domésticas; mas desde que he perdido yo la vista ya no la guarda con tanto cuidado, y suele ponerla en un cajon de su tocador: vén conmigo: tomarás la llave, abrirás el secreter y me prestarás tus ojos para ver lo que contiene: allí debe haber cartas, papeles..... ¡de allí debe brotar el rayo de horrible luz que nos saque de esta noche de dudas! ¡Porque has de saber que yo tambien dudo..... que tambien sospecho..... porque tenia más antecedentes que tú!

—¡No te comprendo! murmuró Adelina, por cuyas mejillas no dejaban de correr gruesas lágrimas.

—Yo sabía ya que Julia debia casarse con Rafael si el padre de éste hubiera vivido.

—¿Y cómo consintió ella en unirse á tí?

—Nada sabía de este proyecto.

—¿Y cómo te uniste tú á ella?

—Tambien lo ignoraba: lo he sabido despues por la señorita de Montalvan, que me lo descubrió para despertar mis celos de Rafael, á quien ella amaba.

—¡Oh, sí, eso es verdad! Segun dice Natalia, se volvió loca por él y desapareció.

— Se suicidó : estoy seguro de ello.

— ¡Oh, Dios mio, es eso posible!

— ¡Sí, en esta historia hay sangre! ¡Oh, si fuera cierta mi deshonra y yo tuviera vista, cuánta más vertería! ¡Pero no perdamos el tiempo y despertemos sus sospechas! ¡Vén..... acompáñame!

— ¡Oh, no, tengo miedo! murmuró Adelina, que temblaba.

— ¡Miedo! ¿de qué?

— ¡De tu cólera..... de tu furor; yo sabría perdonar, pero tú no!

— Vamos..... te prometo tener juicio, repuso Diego, procurando, en efecto, calmarse, porque conocía que el terror de Adelina podría estorbarle para el logro de sus planes; y además, añadió, ¿qué puedo yo hacer ahora, misero ciego? ¡Sólo puedo decir..... *después!*

Al pronunciar estas palabras, la fisonomía del esposo de Julia expresó un resentimiento tan espantoso, tan violento, y tan feroz deseo de venganza, que la jóven, amedrentada, repitió:

— ¡No me atrevo!

En efecto, todos los malos instintos de aquel hombre se habían removido en su alma, tranquila, purificada, por decirlo así, por el cariño, la ternura, la adorable resignación de su esposa.

— Es preciso que hagamos esa prueba para tú tranquilidad, hermana mia, dijo con voz más dulce y más templada; ¡es preciso! además, te prometo dominarme y reflexionar.

— ¿Qué culpa tienen ellos de amarse? preguntó Ade-

lina con una tristeza que estaba, sin embargo, llena de dulzura; ¡lo cierto es que hace un año que no se ven!

— Y que tal vez no se han hablado jamás de amor.

— Ya ves que debes modificar tu enojo.

— Y lo haré : vamos y no temas.

Adelina, vencida por su propio deseo y por la seguridad que le daba su hermano, le asió del brazo y salió con él.

— Si preguntan por nosotros, advirtió al pasar por la antesala á un criado, diga V. que he salido al campo á dar una vuelta con mi hermano.

Pocos instantes después llegaban al pueblo y á la casita ocupada por Diego y su esposa.

— Busca una llave pequeña en la mesa del tocador; dijo Arturo á su hermana, y abre con ella el secreter.

Esta obedeció, y halló lo primero el pequeño estuche, que contenía las imágenes de Rafael y de su padre : luego puso la mano sobre el manuscrito de Julia : le abrió, y pasó la vista por la primera página.

Poco tardaron en correr por sus mejillas gruesas y amargas lágrimas.

— ¿Hay papeles? preguntó ansiosamente Diego, que había oído el ruido que había producido el manuscrito al desdoblarse.

Un instante de silencio siguió á estas palabras. Adelina alzó al cielo su lindo rostro, cubierto de lágrimas y trastornado por el dolor, pidiéndole consejo, y sin duda que el cielo la inspiró.

— Sí, respondió con voz que procuró hacer serena : sí,

hay papeles; pero son cartas de sus amigas y de su familia. Julia es inocente.

— ¿No me engañas?

— ¿No estoy yo acaso tan interesada como tú en decirte la verdad? respondió la generosa niña con una sonrisa llena de dolor.

— ¡Es cierto! respondió Diego; gracias al cielo, me he engañado y siento aliviada mi alma de un peso enorme! Vamos, hermana mía: cierra, y volvamos á tu casa ántes de que nos echen de ménos.

Adelina recogió el manuscrito y el medallon con el mayor silencio posible, y salió con su hermano, llegando ambos en breve á la quinta.

¿Qué pasaba en el corazón de Adelina?

¡Sólo Dios pudiera decir el dolor que se encerraba en él!

VIII.

EL MANUSCRITO.

Tres días después de los sucesos precedentes, Julia acabó su magnífico cuadro, y lo mandó, cuidadosamente encajonado, á Madrid, á la Condesa de G....., noble y generosa dama.

Al pié llevaba la firma de *Diego Blanfort*.

Por la tarde fué á verla Clemencia, y la encontró sola en la azotea, contemplando el sol que moría.

¡Dios mío! ¿qué tienes? exclamó al verla; ¡si estás desconocida! ¡qué pálida! ¡qué flaca! ¿qué te sucede?

—No tengo nada en el cuerpo, respondió Julia, que parecía en efecto haberse vuelto la sombra de sí misma en los días que habían pasado desde la entrevista con Rafael; ninguna dolencia física me aqueja; pero mi alma desea volar al cielo.

— ¡Dios mío! pero ¿qué novedad ocurre? exclamó Clemencia alarmada.

— He vuelto á ver á Rafael.

— ¿Está aquí?

— Sí; ha venido con Adelina y viven en la quinta inmediata.